

1

¿Un asunto de principios?

Colin Jones es uno de esos británicos fascinados con la cultura de sus vecinos del otro lado del Canal de La Mancha. Una variedad que no es rara. Julian Barnes, el reconocido autor de *El Loro de Flaubert*, se inscribe entre ellos. Ya sabrán los psicólogos explicar lo que hay detrás. Pero admiración más, admiración menos, Jones, que de paso es historiador, tiene un libro fascinante sobre la caída de Robespierre, que como dice Antonio Caño, el exdirector de El País, está entre una novela de aventuras y un manual de acción política. Es un relato de las últimas 24 horas del padre del



“terror”, pero también de los desvaríos de la Revolución Francesa que él también encarnó. Y si bien por acá los desvaríos los dejamos atrás, el libro no deja de resonar con nuestros años recientes. No sólo por eso del péndulo, que llevó a Robespierre de la veneración a la guillotina, sino también por lo de la pureza cuasirreligiosa de las convicciones. Y si bien algunos dirán que de convicciones nada, que sólo es un asunto de estrategia política, lo cierto es que el tema ha estado dando vueltas en los últimos días. Lo comentaba César Barros el sábado pasado, al apuntar que vemos en Chile “un retorno en la política a gente de grandes convicciones, para los cuales un desvío del 1% resulta intragable”. Y el problema es que para ellos no existen adversarios, sino enemigos. El mundo en blanco y negro. “El todo o la nada”, del que escribe Marisol Peña. Por eso, dice Barros, “hay que temer a las convicciones irreductibles”, porque dividen a las personas entre justos e injustos y les permite a estas no tener que pensar.

Y en eso de las convicciones, el debate por la reforma de pensiones se ha vuelto la madre de todas las batallas, una que se libra no solo entre izquierda y derecha, sino dentro de la propia derecha. Por una parte, apunta Daniel Matamala, están figuras como Ignacio Briones, Harald Beyer y Juan Carlos Jobet, que piden “soluciones razonables”, mientras que, por otra, están los “republicanos” que, según él, “juegan otro juego”, el de “dinamitar los consensos, paralizar el sistema político, aumentar el descrédito de la democracia” y “cosechar esa rabia ciudadana”. Sea así o no, el asunto, según Gonzalo Cordero, es que esa división “ha tomado un tono odioso y autodestructivo”. Y la pregunta es si ante una reforma que no cerrará nada “vale la pena una guerra civil en la derecha”.

Pero más allá de esas disputas internas, para Max Colodro, lo que revela el tema es “el drama existencial que recorre a la oposición”, que no es “programático ni ideológico”, dice, sino de “vocación de poder”. Son víctimas de una “enfermedad autoinmune”, como titula su columna. Se atacan a ellos mismos. “Su

Elevando la discusión:

los debates que marcaron la semana

Por Juan Paulo Iglesias



verdadero enemigo es su propia naturaleza”, apunta. Quizá porque “el destino del país resulta para muchos casi una anécdota”. “Construir con tiempo una alternativa de gobierno que pueda convocar a la mayoría”, dice, “es algo demasiado parecido al delirio terrenal que alimenta a sus adversarios”. Y ellos, apunta, “es evidente, no están para eso”.

2

Palabras sacan palabras

“El pensamiento corrompe el lenguaje, pero el lenguaje también puede corromper el pensamiento”, escribía George Orwell en 1984. Quizá algo de eso hay para algunos en el debate de pensiones, donde ciertas palabras están prohibidas para unos y unas distintas para los otros. Por eso, la clave es decir lo mismo, pero con palabras diferentes. Nada sencillo. Algunos a veces “se equivocan”. Pasó con el presidente de la UDI, Guillermo Ramírez, como apunta Paula Escobar, que “habló de reparto” y tuvo que salir a corregirse. Mejor llamar las cosas por su nombre, apunta Natalia González, porque, al final, dice, “si se financia con la cotización previsional es reparto”. “*Tomato, tomate; potato, potatoe*”.

Pero palabras más, palabras menos, para Carlos Correa el problema detrás de la entrapada negociación por la reforma

de pensiones es que quienes se oponen a la propuesta lo que quieren es no “darle al gobierno la posibilidad de anotarse con el triunfo de haber logrado una reforma de pensiones”. Sin embargo, agrega, lo que no ven es que precisamente al llegar a un acuerdo “le están causando una derrota ideológica”, porque “no hay que olvidar que varios de los que están ahora en La Moneda abogaban por un sistema de reparto puro”. Y como en estos tiempos no es posible prever los vaivenes de la política, los vientos que soplan hoy, señala, pueden cambiar. Ahí está en el recuerdo el 3-3 de la propuesta del gobierno de Piñera. Sea así o no, lo cierto es que la reforma de pensiones ha monopolizando el debate de fin de año, pese a que en los últimos días la inmigración entró por los palos de la mano de las declaraciones del subsecretario Cordero sobre regularización. Son los temas de estos tiempos, aunque en el caso de la inmigración, el problema, como decía Natalia



Piergentili, fue el timing, porque mientras se espera “que salga humo blanco para un acuerdo de pensiones” que “tiene tensionados” a gobierno y oposición, “poner otro tema complejo en la agenda (...) es un error”.

Pero más allá de los errores –que abundan en estos tiempos–, para Juan Ignacio Brito el asunto es otro: cómo “destituir de manera creíble el efecto llamada”, que dicen algunos ese tipo de anuncios genera. Y para él, lo que el gobierno debería hacer es “anunciar medidas concretas que apunten a impedir, incluso, la posibilidad de que ese efecto se concrete”. Un punto no menor, dice, en momentos “en que Venezuela

se aproxima a una crisis que podría inducir un nuevo ciclo migratorio”. Y si es así, apunta, “Chile se podría ver desbordado sin remedio”. Ya lo dijo el Presidente en Naciones Unidas, “Chile no está en condiciones de recibir más migrantes”.

3

Sobre listas y deudas

Pero como no todo se agota en las pensiones y la inmigración, el fin de año se viene cargado de listas para ordenar el mundo y darles cierta estructura a las cosas. Ya parece una necesidad. Están las que ordenan lo mejor del ciclo que termina y las que dan pistas sobre el que empieza. Pero también hay quienes sacan lecciones de lo que dejamos atrás, como Cristóbal Osorio, que dedicó su columna de esta semana a los tres hechos de 2024 que según él marcarán el desarrollo institucional de Chile. Van desde los efectos de las filtraciones a las consecuencias de la permisionología, pasando por “el retorno de la presunción de inocencia” que dejó claro que la solución no pasa por “creerle a la víctima”, sino por investigar las denuncias con el máximo celo. Son los ajustes del GPS del que habla también María



José Naudon en su columna de hoy. Muchas cosas vienen cambiando en el último tiempo. Es la realidad que se impone, dirán algunos. Lo cierto es que para Cristián Valdivieso, eso lleva también a especular sobre lo que vendrá en un año electoral. Porque si “en 2021 Chile apostó por un liderazgo que prometía una transformación profunda”, la pregunta es ¿qué tipo de liderazgo está demandando la ciudadanía para el próximo periodo? “Obras son amores y no buenas razones”, parece ser el signo de los nuevos tiempos”, dice. Chile ya no es el mismo que hace tres años, “la sociedad es más pragmática y menos ideologizada”. Por eso, según él, será “quien sepa liderar una transición equilibrada desde el vacío de lo puramente simbólico hacia la gestión quien defina el rumbo en los próximos años”.

Pero volviendo a las listas y los rankings, el de educación no sigue decepcionando –una deuda eterna–, como recuerda Sylvia Eyzaguirre al abordar los datos de la reciente prueba Timss. “Los resultados muestran”, dice, “que hemos retrocedido 12 años en los logros de aprendizaje”. Y más dramático aún: “Somos el país de la Oede que más horas de colegio al año tiene”. Como dicen, cantidad no es calidad. “Hemos pasado 14 años discutiendo sobre lucro, copago, selección (...), pero seguimos desatendiendo la última milla”, dice. Nada bueno, más aún en estos tiempos. Como decía Víctor Hugo, “el que abre la puerta de una escuela, cierra la de una prisión”.